

CAPÍTULO VII

Talavera.—Gerona

(De mayo á diciembre)

1809

Decreto de la Central.—Su sistema político.—Proposición sobre llamamiento á Córtes.—Fórmula del decreto.—Por qué no se recibió con entusiasmo.—Operaciones militares.—Aragón: Blake, capitán general.—Formación del segundo ejército de la derecha.—Acción y triunfo de Alcañiz.—Derrota Suchet á los nuestros en María y en Belchite.—Pasa Blake á Cataluña.—Extremadura.—Proyectos y errados planes de Soult.—Discurren mejor el rey José y el mariscal Jourdan.—Movimientos del ejército inglés.—Plan de campaña concertado entre Wellesley y Cuesta.—Fuerza y posiciones respectivas de los ejércitos francés y anglo-español.—Sale el rey José de Madrid con la guardia real y la reserva.—Hace retroceder á los españoles que avanzaban hácia la capital.—Tardanza de Soult en ejecutar las órdenes del rey.—Síntomas y preparativos para una gran batalla.—Avistanse los ejércitos enemigos.—Ólible batalla de Talavera, la mayor que en esta guerra se había dado.—Triunfo importante de los anglo-españoles.—Premios. Wellesley es nombrado capitán general de ejército y vizconde de Wellington.—Discordias entre los franceses.—Desavenencias entre Cuesta y Wellesley.—Llega Soult con sus tres cuerpos de ejército á Extremadura.—Marchítanse en el Puente del Arzobispo los lauros de Talavera.—Derrota de los nuestros en Almonacid.—Retírase Venegas á Sierra Morena.—Wellington con los ingleses se repliega á la frontera de Portugal.—Cuesta es reemplazado por Egüía.—Resultado general de esta campaña para unos y otros.—José en Madrid: notables providencias de gobierno y administración.—Cataluña.—Empeño de los franceses en tomar á Gerona.—Reille, Verdier, Saint-Cyr.—Ejército sitiador.—Desventajosas condiciones de la plaza.—Admirable decisión de las tropas y de los moradores de la ciudad.—Entereza, valor y heroísmo del gobernador Alvarez de Castro.—Operaciones del sitio: ataques: asaltos á Monjuich.—Pérdida y escarmiento de los franceses.—Bloqueo.—Somatenes.—Apodéranse los sitiadores de Monjuich con pérdida de tres mil hombres.—Obras de defensa en la ciudad.—Imperturbabilidad de Alvarez.—Socorre Blake la plaza.—Proezas de don Enrique O'Donnell.—Emisarios enviados á intimar la rendición á la plaza.—Son recibidos á metrallazos.—Ataques, brechas, asaltos frustrados.—Intentan Blake y O'Donnell socorrer de nuevo la plaza.—Apodérase del convoy el enemigo.—Hambre horrorosa en Gerona: epidemia: cuadro desolador: constancia de los defensores: serenidad heroica de Alvarez: horrible mortandad de gente.—Congreso catalán en Manresa: no puede socorrer á Gerona.—Enfermedad y postración de Alvarez: resigna el mando.—Imposibilidad de prolongar la resistencia.—Honrosa capitulación.—Lo que admiró á Europa este memorable sitio.—Dolorosa y trágica muerte de Alvarez.—Justas recompensas y honores tributados por la nación á su heroísmo.

Sucesos militares de grande importancia quedaban abocados. Lo admirable es que en tanto que el Austria, prevalida del levantamiento de España, y alentada con ver los ejércitos franceses ocupados y distraídos en nuestra península, declaraba por cuarta vez, ahora con gran confianza de buen éxito, la guerra al emperador francés; y en tanto que Napoleón, partiendo como el rayo del centro de España para prepararse á la lucha que le amenazaba otra vez por el Norte de Europa, improvisaba los ejércitos de conscriptos, y con aquella prodigiosa inteligencia y aquella actividad maravillosa que le habían hecho formidable al mundo, avanzaba con celeridad é intrepidez, franqueaba el Danubio, batía y derrotaba las enormes y disciplinadas masas del ejército austriaco, aterraba con la victoria de Essling, asombraba con la de Wagram, obligaba á pedir la paz de Altenburgo en el centro de la monarquía austriaca, y terminaba así aquella gloriosa y memorable campaña en los mismos y en menos meses que duró aquí la que dejamos descrita en el capítulo anterior; lo admirable, decimos, es que mientras allá Napoleón con ejércitos casi de reclutas daba cima á tan grande y tan difícil empresa, acá con las tropas mas aguerridas y los generales mas afamados del imperio, y con su hermano funcionando como rey en la capital, sus numerosas y veteranas legiones eran arrojadas de provincias enteras, y descalabradas y diezmadas por aquellos soldados bisonos, aquellos jefes inexpertos y aquellos paisanos mal armados y peor vestidos que él tanto menospreciaba, y cuya total destrucción había creído sería fácil tarea para unos pocos regimientos.

Antes de continuar la relación de las operaciones militares que estaban preparadas, digamos algo de la marcha que al propio tiempo iba llevando el gobierno nacional. Noticiosa la Junta Central de Sevilla de haberse esparcido con motivo de la derrota de Medellín la falsa voz de que pensaba trasladarse á América, para desvanecer la alarma y aquietar los ánimos, publicó un decreto (18 de abril), declarando que solo en el caso de exigirlo la pública utilidad, ó de evidente peligro, mudaría de residencia. En su sistema político, continuaba en general apegada á las antiguas ideas, á pesar de la muerte de Floridablanca, que había sido mirado como el obstáculo y la rémora para las reformas. Murmurábanlo los hombres ilustrados del país, y lo censuraba el gobierno de nuestros aliados. Al fin, la entrada en la Junta del intendente Calvo de Rozas, hombre enérgico y de ideas avanzadas, alentó al partido reformador representado por Jovellanos, renovó la proposición antes hecha de convocar las Córtes del reino (15 de abril), y esta vez la mayoría de la Junta la tomó en consideración sometiéndola al examen de las secciones. Agregóse á esto la continuación del periódico liberal titulado *Semanario patriótico*, que había empezado á publicar en Madrid don Manuel José Quintana, en que se ventilaban cuestiones políticas, dándose con esto á la imprenta cierto ensanche que no se había permitido hasta entonces: todo lo cual anunciaba cierto cambio en la marcha política del gobierno en el sentido que ya habían manifestado desear algunas juntas de provincia.

Examinada por las secciones y presentada á la deliberación de la Junta plena la proposición de llamamiento á Córtes, combatiéronla los partidarios del régimen absoluto, pero defendieronla y apoyáronla con calor los que mas se distinguían por su saber y por sus luces, entre los cuales es excusado advertir que se contaba el ilustre Jovellanos. También la aprobó el presidente marqués de Astorga, con lo que se vió de cuánta importancia había sido que este magnate reemplazase en la presidencia al conde de Floridablanca. Mostróse el mas decidido y avanzado de todos el baillío don Antonio Valdés, que sobre el principio de que no debería quedar institución que no se reformase, salva la religión católica y la conservación de la corona en Fernando VII y su dinastía, presentó un proyecto de decreto que pareció excesivamente libre y por lo tanto peligroso en aquellas circunstancias. Redactóse por lo mismo, y se aprobó y publicó otro (22 de mayo), en que se anunciaba, bajo una fórmula mas vaga, «el restablecimiento de la representación legal y conocida de la monarquía en sus antiguas Córtes, convocándose las primeras en el año próximo, ó antes, si las circunstancias lo permitiesen.»

Bien que este decreto fuese la piedra fundamental para la reconstrucción del edificio de la libertad política de España, no excitó el entusiasmo que se creyó produciría entre los amantes de ella, así por no haberse prefijado la época precisa de la reunión, como por disponerse en uno de sus artículos que acerca del modo de convocarse y constituirse las primeras Córtes se consultaría á varias corporaciones y personas, en tanto que una comisión de la Junta se ocuparía también en preparar los trabajos necesarios para ello: dilatorias que daban desconfianza y disgusto á los impacientes, esperanza y ánimo á los enemigos de la institución. Efecto semejante produjo otro decreto (25 de junio), restableciendo el antiguo y supremo Consejo de España é Indias (1) que tan opuesto se

(1) Real decreto de 25 de junio de 1809, nombrando los ministros que han de componer el Consejo y Tribunal Supremo de España é Indias, creado por otro real decreto de la misma fecha.

«El Rey nuestro señor don Fernando VII, y en su real nombre la Suprema Junta Gubernativa de España é Indias, á consecuencia de lo determinado por su decreto fecho en este día, estableciendo la nueva planta del Consejo Supremo de España é Indias, ha venido en nombrar los sujetos de que debe componerse por ahora el expresado Tribunal, en la forma siguiente, por el orden y antigüedad aquí señalada: don José Joaquín Colon, decano; don Manuel de Lardizabal y Uribe; el conde del Pinar; don Francisco Requena; don José Pablo Valiente; don Sebastián de Torres; don Antonio Ignacio Cortavarría; don Ignacio Martínez de Villela; don Antonio Lopez Quintana; don Miguel Alfonso Villagomez; don Tomás Moyano; don Pascual Quilez Tolon; don Luis Melendez Bruña; don Juan Miguel Perez Tafalla y don Ciriaco Gonzalez Carvajal: para

había mostrado á toda reforma, ó por mejor decir, y era lo que mas se sentía, la refundición de todos los demás Consejos en aquel solo. De otro efecto había sido el de 2 de mayo, confiscando los bienes de los principales afrancesados (1).

Aunque las operaciones militares de mas importancia estaban indicadas en el Mediodía de la Península, justo es hacer mérito de las que en otros puntos habían tenido lugar, bien que no fuesen de tanta cuenta. En Aragón, rendida que fué Zaragoza, quisieron los franceses aprovechar aquellos momentos de quebranto y de luto para apoderarse de las plazas fuertes de aquel antiguo reino, á cuyo fin fué destinado el 5.º cuerpo. Lográronlo sin gran dificultad con las plazas de Jaca y de Monzon: esta última, evacuándola el gobernador Ansoátegui y los vecinos al ver la respetable fuerza que contra ella iba; la primera por arte é intriga de un fraile agustino llamado el P. Consolación, de los poquísimos de su ropa que apostataron de la causa nacional y que ayudado de algunos desleales fomentó en secreto la desertión de los soldados de la guarnición. Menos afortunado el mariscal Mortier, tres veces se dirigió en persona contra la plaza de Mequinenza, y otras tres fueron sus tentativas rechazadas. El deseo de restablecer la comunicación entre Madrid y Zaragoza los llevó hácia el Mediodía de aquel reino, y entraron en Molina, desamparada por la junta y por los habitantes. Por último, cuando por orden de Napoleón marchó el 5.º cuerpo con Mortier hácia Valladolid, quedó solo en Aragón el 3.º al mando de Suchet, teniendo que pelear con los insurrectos del país, y además con el segundo ejército español de la derecha, denominado de Aragón y Valencia, que la Junta mandó formar para cubrir las entradas de las dos provincias, y cuya dirección confió al general Blake.

Este ilustre general, que desde que dejó el mando del ejército de Galicia había estado constantemente solicitando de la Junta que le empleara en algun servicio activo, allí donde pudiera ser mas útil á la causa nacional, había sido primero destinado á Cataluña á las órdenes de Reding, despues le confió la formación y el mando del segundo ejército de la derecha, y últimamente cuando acaeció la muerte de Reding, le nombró también capitán general del Principado; de modo que reunía Blake interinamente la dirección superior de las armas de toda la antigua coronilla de Aragón. El segundo cuerpo había empezado á formarle con la división de Lazan, situada en Tortosa, y con ocho batallones que le suministró Valencia, apostados en Morella á las órdenes de don Pedro Roca. Organizándolo y disciplinando estaba Blake este nuevo cuerpo, cuando supo que en Aragón había quedado solo el 3.º de los franceses. Con esto, y con noticia de que el paisanaje aragonés se

fiscales á don Nicolás María de Sierra y don Antonio Cano Manuel: para una de las Secretarías generales del mismo Consejo á don Estéban Varea, encargándose por ahora del despacho de ambas. Y habiendo tenido á bien establecer una contaduría general para las dos Américas, ha nombrado por contador general á don José Salcedo. Y en atención á las actuales circunstancias disfrutará por ahora todos los expresados ministros individuos del Consejo el mismo sueldo que gozaba respectivamente cada uno por sus anteriores destinos. Tendránlo entendido, y dispondreis lo conveniente á su cumplimiento.—El marqués de Astorga, presidente.—En el Alcázar de Sevilla á 25 de junio de 1809.—A don Benito Ramon de Hermida.»

(1) Real decreto de 2 de mayo de 1809.

Art. I. Serán confiscados todos los bienes, derechos y acciones pertenecientes á todas las personas de cualquiera estado, calidad ó condicion que fueren, que hayan seguido y sigan el partido francés, y señaladamente los de don Gonzalo de O'Farril, de don Miguel José de Azanza, del marqués Caballero, del conde de Campo Alange, del duque de Frias, del conde de Cabarrús, de don José Mazarredo, de don Mariano Luis de Urquijo, del conde de Montarcao, de don Francisco Xavier Negrete, de los marqueses de Casacalvo, de Vendaya, de Casa Palacios y de Monte Hermoso, de don Manuel Romero, de don Pablo de Arribas, de don José Marquina y Galindo, del marqués de San Adrian, de don Tomás de Morla, de don Manuel Sixto Espinosa, de don Luis Marcelino Pereira, de don Juan Llorente, de don Francisco Amorós y de don José Navarro Sangran, cuyos sujetos, por notoriedad, son tenidos y reputados por reos de alta traición.

II. Cualquiera de ellos que sea aprehendido será entregado como tal al Tribunal de seguridad pública para que sufra la pena que merecen sus delitos.

movía, salió él de Tortosa (7 de mayo), antes de lo que había entrado en sus planes. En efecto, los moradores de Albelda se habían negado á pagar los impuestos con que los franceses los oprimían, y auxiliados por el gobernador de Lérida habían escarmentado en Tamarite á los que iban á reducirlos. Los vecinos de Monzon se levantaron y arrojaron de la plaza la guarnición francesa, y fuerzas respetables que fueran enviadas á vengar tamaño atrevimiento no solo habían tenido que retirarse con gran pérdida, sino que despues, no pudiendo vadear el Cinca los que en auxilio suyo acudieron de Barbastro, aislados á la izquierda del rio y hostigados por todas partes, tuvieron que entregarse prisioneros (21 de mayo) en número de 600 hombres á los jefes Perena y Baget.

Blake desde Tortosa se dirigió á Alcañiz, y obligó á la división Leval á evacuar aquella plaza (18 de mayo). En socorro suyo se movió Suchet de Zaragoza. Juntas las fuerzas francesas ascendían á 8,000 hombres; algunos mas eran los de Blake, reunidos ya los valencianos de Morella á los de la división Lazan. El 23 de mayo aparecieron los franceses por el camino de Zaragoza frente de Alcañiz. Trabóse allí una reñida pelea, en que al través de algunas alternativas durante el combate, quedaron victoriosos los españoles, obligando á Suchet á retroceder con pérdida de 800 hombres la vía de Zaragoza, aterrados y desordenados los suyos, siéndole preciso en Zaragoza tomar medidas severas para el restablecimiento de la disciplina, y reparar las fortificaciones para evitar una sorpresa. Distinguiéronse en la acción de Alcañiz, Areizaga, que defendió heroicamente la ermita de Fórnoles, repetidamente y con impetu y empeño atacada por Suchet, y don Martin García Loigorri, con el acertado fuego de la artillería que gobernaba.

No eran infundadas las precauciones de Suchet. Despues de pasar Blake algunos dias en Alcañiz ejercitando sus tropas en maniobras militares, engrosadas estas con las que de Valencia le acudieron de nuevo, y juntando así hasta 17,000 hombres, emprendió é iba avanzando camino de Zaragoza. La fuerza de Suchet en esta ciudad ascendía á 12,000, y aguardaba mas, procedente de Tudela y de Plasencia. Hasta dos leguas y media de Zaragoza llegó Blake la mañana del 15 de junio, franqueando el arroyo que pasa por delante del pueblo de María, si bien dejando en Botorrita la división de 5,000 hombres que mandaba Areizaga. Salióle también allí al encuentro Suchet, como era natural, y mas habiendo recibido el refuerzo de Tudela. Separaba ambos ejércitos una quebrada: al principio los españoles desordenaron y deshicieron la izquierda enemiga, pero una operacion ejecutada con rapidez por su caballería arrolló nuestros jinetes, rompió nuestra ala derecha, y aunque Blake se mantuvo firme y resistió todos sus ataques con denuevo, algunos cuerpos que flaquearon descendieron á la hondata en cuyos barrizales se hundían ellos y se atacó la artillería. Perdiéronse quince piezas; pereció bastante tropa, y entre los prisioneros que nos hicieron se contaban el coronel Menchaca y el general Odonojú, que guiaba la caballería. Retiróse Blake en buen orden á Botorrita, donde estaba la división Areizaga, que no sabemos por qué se conservó alejada; así como Suchet se volvió á Zaragoza, de donde siempre salía con desconfianza y recelo.

Pero interesábale demasiado perseguir á Blake en su retirada, y así revolviendo otra vez sobre él le encontró á los tres dias en Belchite (18 de junio). Aun duraba en nuestros soldados la impresion del descalabro de María; la circunstancia de haber caído una granada enemiga en medio de un regimiento, y el haber coincidido con el incendio de algunas de las nuestras, infundió tal espanto en los que mas cerca se hallaban, que trasmitiendo el terror á otros y cundiendo casi á todos, diéronse á huir ciega y atropelladamente, sin que les sirviera de lección ni de ejemplo ver á su general en jefe permanecer firme é inmóvil en su puesto con los generales Roca y Lazan y algunos oficiales. Los cañones que habían quedado de la acción de María se perdieron en la fuga, no que en el combate de Belchite; por lo mismo que apenas hubo combate, hubo también pocos muertos y pocos prisioneros: si por parte de Blake pudo haber algo censurable en haber aceptado otra acción, reciente aun la poco afortunada de hace tres dias, dió al

menos una prueba mas de serenidad y de firmeza, que á haber sido imitada por las tropas pudiera habernos dado un nuevo triunfo. Así el resultado fué volver nuestras divisiones á los puntos de donde habian partido, los aragoneses con Lazan á Tortosa, los valencianos á Morella y San Mateo. Avanzaron los franceses á Alcañiz; dividiéronse en columnas amenazando los puntos que ocupaban los nuestros, y Suchet, recobrada Monzon, regresó á Zaragoza, donde en lugar del descanso que se prometia, le esperaba combatir con las guerrillas y cuerpos francos que cada dia se multiplicaban. Blake volvió la vista á Cataluña, y allá partió con noticia del sitio que Saint-Cyr tenia puesto á Gerona, que es el estado en que dejamos atrás las cosas y sucesos de aquel Principado.

Mas todo esto era de escasa monta en cotejo de lo que habia quedado amagando y se realizó pronto hacia la parte de Extremadura. La concentracion de los tres ejércitos bajo el mando del mariscal Soult, dispuesta por Napoleon y con invencible repugnancia obedecida por Ney, indicaba, y tales eran las órdenes del emperador, que iban á emprenderse operaciones en grande. Cuáles fuesen estas, dependeria de los planes y movimientos de los ingleses. Calculando Soult que estos, cansados de su expedicion sobre el Duero y el Miño, no volverian á entrar en lucha hasta setiembre, propúsose arrojarlos de la Península penetrando con 60,000 hombres en Portugal por el lado de Ciudad-Rodrigo, poniendo al efecto inmediatamente sitio á esta plaza, pero pidiendo para mayor seguridad otros tres cuerpos que protegieran su marcha, uno en el Norte, otro en el Tajo, y otro de reserva formado con las tropas de Madrid: pedia además un tren de batir y cantidad considerable de dinero. Para obtener la aprobacion de este plan despachó á Madrid al general Foy. Pero el rey José y el mayor general Jourdan, que preveían y discurrían mejor que el duque de Dalmacia sobre la época y la direccion en que se moverian los ingleses, contestáronle de modo que hubiera debido desistir de su idea, diciéndole entre otras cosas que de Aragon y Cataluña no se podia distraer un hombre, que el ejército de observacion del Tajo estaba ya formado y ocupando su puesto, que la guarnicion de Madrid era corta y no podia formarse de ella la reserva, ni menos enviarla entre Avila y Salamanca, que si insistia en sitiar á Ciudad-Rodrigo le proporcionaria artillería gruesa, pero en cuanto á dinero le era imposible, porque hacia cuatro meses que la administracion civil no se pagaba, y él se estaba manteniendo de la plata labrada que hacia acuña en la casa de moneda. Soult sin embargo persistió, y aun hizo mas, que fué empeñarse en llevar al mariscal Mortier á Salamanca, contra la voluntad de José que le tenia muy oportunamente colocado en Villacastin, donde hubiera podido hacerle un importantísimo servicio, como se vió despues (1).

En efecto, contra los cálculos de Soult, y mas en conformidad con los de José y Jourdan, el general inglés Wellesley, habiendo levantado el 27 de junio el campo de Abrantes, prosiguió su marcha en direccion á Extremadura, estableció su cuartel general en Plasencia, y no en setiembre, sino en 10 de julio pasaba á avistarse con el general español Cuesta en las casas del Puerto, orilla izquierda del Tajo, para acordar el plan de campaña sobre el que ya antes habian tratado por escrito. Luego que se pusieron de acuerdo, se volvió el inglés á Plasencia, desde donde manifestó (18 de julio), que si bien estaba pronto á ejecutar el plan convenido, respecto á subsistencias el ejército británico estaba careciendo de muchos artículos, y que si España no los suministraba, tendria que pasarse sin la ayuda de sus aliados. Sorprendió tan acerbo lenguaje y tan innecesaria amenaza; lo primero, porque, como decia muy bien el general español, lo que para los españoles era abundancia lo tenían por escasez los ingleses; lo segundo, porque nadie mejor que el general británico sabia, puesto que se quejaba amarga y frecuentemente de ello, que su indisciplina gente no se cuidaba sino de robar y saquear indigna-

(1) Todas las contestaciones que sobre esto mediaron, y que no hacemos sino extractar muy sucintamente, constan de la correspondencia oficial que se conserva y hemos visto. Prolijos documentos de estos se hallan copiados en algunas historias y memorias francesas.

mente el país que habia venido á socorrer y en que tan bien recibida habia sido, y no ya para mantenerse, sino para vender á los pueblos lo mismo que les quitaba (2).

Reduciase el plan concertado á lo siguiente: el general inglés Wilson con la fuerza de su mando y dos batallones de españoles avanzaria por la Vera de Plasencia y pueblos de la derecha del Alberche hasta Escalona: el ejército británico cruzaria el Tietar marchando á Oropesa y el Casar, hasta ponerse en contacto con la division de Wilson: Cuesta con el suyo pasaria el Tajo por Almaráz y Puente del Arzobispo siguiendo á Talavera: el general Venegas, que se hallaba en Santa Cruz de Mudela, franquearia el Tajo por Fuentidueña, si permitia este movimiento la fuerza de Sebastiani que acampaba entre Consuegra y Madridejos, y marcharia sobre Madrid, debiendo retroceder á la Sierra por Tarancon si iban sobre él fuerzas superiores; de otro modo, y apoyado por los ejércitos aliados, marcharian todos sobre la capital. La division de Beresford se mantenía hacia Almeida guardando la frontera de Portugal. El duque del Parque, que acababa de reemplazar á la Romana, se habia encaminado hacia Ciudad-Rodrigo, dejando una sola division en Asturias y Galicia. Los franceses, además del 4.º cuerpo que observaba en la Mancha á Venegas, tenían el 1.º á las órdenes de Víctor á la izquierda del Alberche, ocupando su vanguardia á Talavera. De los tres cuerpos reunidos bajo el mando de Soult, y que componia una fuerza de 55,000 hombres, el 2.º estaba en Salamanca y Zamora, el 5.º en Valladolid y sus cercanías, el 6.º en Benavente, Astorga y Leon. Como se ve, el duque de Dalmacia, encargado de arrojar á los ingleses de la Península, se habia quedado en actitud de no poder impedir que se apoderaran de Madrid, que José, por no haber seguido aquel sus consejos, veía amenazada por tres ejércitos que ellos exageradamente hacían subir á 100,000 hombres.

Despues de algunos dias de noticias inseguras y de zozobra para los franceses, supo José por el mariscal Víctor que Wellesley se habia reunido con Cuesta (21 de julio), que Wilson se hallaba en Escalona, y que los ejércitos aliados avanzaban sobre Talavera, en lo cual veía un peligro inminente, porque suponía en los generales del ejército anglo-hispano el designio de facilitar á Venegas el paso del rio para lanzarse todos tres juntos sobre Madrid. Con este temor, y á fin de impedirlo, dió inmediatamente orden á Soult para que con toda la rapidez posible se moviese y marchase con sus tres cuerpos de ejército á Plasencia: ordenó á Sebastiani que se replegara sobre Toledo, y él mismo salió de Madrid con 5,000 hombres y catorce piezas, y con intencion de reunirse al primer cuerpo en el Alberche. Pero estas medidas no habrian bastado á evitar la derrota de este primer cuerpo, si Cuesta no se hubiese opuesto á atacarle el dia 23, como lo proponía sir Arturo Wellesley; conducta que se prestó á interpretaciones desfavorables al general español, é incomodó al inglés, que tomó de ello ocasion para volver á hablar de subsistencias, y declarar que si no se le aseguraba el mantenimiento de sus tropas no daria un paso mas allá del Alberche. Lo notable fué que Cuesta, tan remiso para la batalla el 23, al dia siguiente cuando ya el ejército

(2) Hé aquí cómo se explicaba acerca de esto el mismo Wellesley en su correspondencia. «Hace tiempo estoy pensando (le decia á su amigo Jorge Williers) que un ejército inglés no podria sufrir ni los triunfos ni los reveses, y la conducta reciente de los soldados del que mando me prueba claramente lo exacto de mi opinion en cuanto al triunfo, pues han saqueado el país del modo mas horrible.... Entre otras cosas se han apoderado de todos los bueyes, sin mas objeto que venderlos á la misma poblacion que han robado. Os agradecería infinito manifestaseis este hecho á los ministros de la regencia, etc.»

Y el vizconde Castlereagh, secretario de Estado: «No puedo prescindir de volver á llamar vuestra atencion sobre el estado de indisciplina en que se encuentra este ejército.... Me seria imposible describirlos todos los desmanes y violencias que cometen nuestras tropas. Apenas se separan de ellas sus oficiales, ó por mejor decir los jefes de cuerpo ó los oficiales generales, cuando se entregan á todo género de excesos.... no recibo un pliego, un correo que no me traiga relacion de ultrajes cometidos por los soldados....»

«I cannot, with propriety, omit to draw your attention again to the state of discipline of the army, which is a subject of serious concern to me, and well deserves the consideration of his Majesty's Ministers, etc.»

enemigo habia levantado el campo avanzó él solo, sin los ingleses, por Santa Olalla hasta Torrijos (25 de julio); paso temerario, que le expuso á una catástrofe habiendo concentrado los franceses todas sus fuerzas hacia Toledo; y así lo reconoció él mismo, no obstante el pomposo parte que dió á la Junta diciendo que los franceses iban de huida y no habia medio de atacarlos, puesto que entonces invitó á Wellesley á que fuera á unirle, lo cual, resentido este, no hizo sino á medias.

Por fortuna los enemigos, bien fuese por el cuidado en que los puso saber que el inglés Wilson se habia internado hasta Navalcarnero, cinco leguas de Madrid, temiendo que esta aproximacion produjera un levantamiento en la capital; bien que el mariscal Víctor desaprovechara, como dicen, á su vez la ocasion de destruir á Cuesta, no hicieron sino arrollar nuestros puestos avanzados, acometer su vanguardia mandada por Latour-Maubourg, á la nuestra que capitaneaba Zayas, haciendo retroceder con bastante pérdida de los dragones de Villaviciosa que se vieron atacados entre unos vallados, y merced al socorro de 3,000 caballos con que acudió el duque de Alburquerque pudo nuestra vanguardia incorporarse al grueso del ejército, dejando de perseguirla por orden de Víctor; así como Cuesta tuvo á bien retrogradar hasta ampararse del ejército inglés, sin que por eso diera muestras de oír con mas docilidad las reflexiones de este. «Habiéndose malogrado, dice el autor de las Memorias del rey José, la ocasion de batir y dispersar el ejército español, fué menester sufrir mas tarde las consecuencias de esta falta.»

Todo en efecto anunciaba la proximidad de un gran combate, por mas que el estado mayor general francés hubiera querido rehuirle, hasta que viniese Soult sobre la espalda de los aliados desde Salamanca con los tres cuerpos puestos á sus órdenes, segun muy atinadamente lo habia prevenido José. Pero Soult no venia, y Wellesley se preparó para la batalla, á cuyo efecto dió orden á Wilson para que retrocediese de Navalcarnero á Escalona. Escogió sir Arturo las posiciones en el terreno que desde Talavera se extiende cerca de una legua hasta el cerro llamado de Medellin. Componian el ejército español cinco divisiones de infantería, mandadas por el marqués de Zayas, don Vicente Iglesias, el marqués de Portago, don Rafael Manglano y don Luis Alejandro Bassecourt: dos de caballería, que guiaban don Juan Henestrosa y el duque de Alburquerque: la reserva, que estaba á cargo de don Juan Berthuy, y la vanguardia que capitaneaba don José de Zayas. Sobre 34,000 hombres eran los españoles prontos á entrar en pelea, de ellos 6,000 jinetes. De cuatro divisiones se componía el ejército anglo-portugués, formando juntas unos 22,000 combatientes. Al decir de los historiadores franceses, entre los cuerpos de Sebastiani, Víctor y José componian una fuerza de 45,000 hombres útiles para el combate (1).

El 27 de julio comenzó á aparecer el primer cuerpo del ejército francés sobre la elevada llanura que domina la izquierda del Alberche. Por entre los olivos y moreras del terreno que ocupaba el ejército combinado entreveía aquel sus maniobras sin poder distinguir si tomaba posicion ó se retiraba. Conocedor del terreno el mariscal Víctor, fué el encargado por José de franquear el rio, como lo hizo, cayendo tan precipitadamente sobre la division que mandaba el general inglés Mackenzie que la obligó á replegarse con algun desorden, faltando poco para que quedara prisionero el mismo sir Arturo

(1) Respecto al cómputo numérico de las fuerzas respectivas que entran en una batalla formal, hay por desgracia casi siempre bastante divergencia, así en los partes oficiales de los jefes como en las historias de pueblos ó partidos interesados en la lucha, disminuyendo las propias y aumentando las contrarias. En este como en los infinitos casos análogos, es difícil al historiador desapasionado averiguar la verdad con exactitud, por mas datos que consulte, y por mas que coteje los que en opuesto sentido suministra cada parte. Los franceses confiesan haber llevado á esta batalla 45,000 hombres: calculan en 66,000 el ejército anglo-hispano, sin contar el cuerpo que mandaba Venegas, si bien añaden, con cierto aire de desprecio al ejército español, que de ellos solo 26,000 eran verdaderos soldados: tanto peor para ellos, si por tales soldados eran vendidos. Excusado es decir que tenemos la cifra que fijamos, si no por rigurosamente exacta, al menos por la mas verosímil.

Wellesley que á su proximidad se hallaba. Pasaron los demás cuerpos el rio, y desplegándose por el camino real de Talavera, cerca ya de anochecer acometieron é hicieron retroceder con cierto azoramiento algunos batallones españoles é ingleses, conteniendo solo á aquellos el fuego de nuestra artillería. A las nueve de la noche atacaron nuestra izquierda con bastante impetuosidad, siendo al fin rechazados por los ingleses; y una falsa alarma que á las doce de la noche se esparció por el campo español dió ocasion á un confuso tiroteo que duró algun rato. Amaneció al fin el 28 (julio), que con razon un historiador y hombre de Estado francés llama «dia memorable en sus guerras con España;» y deseoso Víctor de reparar el poco éxito de las tentativas del anterior, resolvió atacar vigorosamente el centro de que principalmente intentaba apoderarse, haciendo concurrir á este movimiento las divisiones Ruffin, Lapisse y Villatte. La escogida division Lapisse encargada de tomar la altura «pagó (son palabras de un historiador francés) con una pérdida enorme su atrevido ataque y su brillante retirada. Cerca de 500 hombres por cada regimiento, ó lo que es lo mismo, 1,500 por toda la division, quedaron tendidos en las gradas de aquel cerro fatal, contra el que habian ido á estrellarse dos ataques sucesivos ejecutados con extraordinario heroísmo.»

A las diez de la mañana, vacilante el rey José en la duda de si convendria ó no continuar la batalla, lo consultó con Jourdan y con Víctor. El primero, experto y prudente, y apoyado en muy atendibles razones, opinó por la suspension, al menos hasta que el mariscal Soult con sus tres cuerpos reunidos corriéndose por Plasencia tomara la retaguardia al ejército anglo-hispano. El segundo, mas ardoroso y mas confiado en sí mismo, respondió, que si el rey queria atacar la derecha y centro enemigo con el 4.º cuerpo, él se comprometia á desalojarle del disputado cerro, añadiendo que si esto no se conseguia con tropas como las suyas, era preciso renunciar á hacer la guerra. Cuando José fluctuaba entre el consejo de la prudencia y el del ardor, recibió una carta de Soult anunciándole que no podria estar en Plasencia hasta el 3 ó el 5 de agosto. Y como por una parte temiera que Víctor dijera á Napoleon que le habian hecho perder la mejor ocasion de destruir á los ingleses, y por otra supiese que Venegas se aproximaba á Toledo y Aranjuez, y recelara verse cortado en su retirada á la capital, resolvióse, antes que á dividir las fuerzas para acudir á este peligro, á aventurar la batalla, en cuya virtud se decidió á atacar inmediatamente, pero por pronto que se trasmitieron á cada cuerpo las órdenes del estado mayor, no se principió á ponerlas en ejecucion hasta las dos de la tarde.

No nos empeñaremos nosotros en apurar con precision y exactitud el pormenor de los movimientos y evoluciones ejecutadas por cada parte en esta batalla, ni nos afanaremos por concordar las variaciones que en las diferentes relaciones de ella se observan, ni en averiguar si la division Ruffin atacó la izquierda de los ingleses antes que Sebastiani ó Lapisse se dirigieran contra la derecha ó centro de los españoles, ni si tomaron ó perdieron una ó mas veces una altura que se disputara, ni si resistió tal cuerpo los disparos de metralla ó rechazó mejor que otro una carga de caballería. Lo que á nuestro propósito hace es saber, y que en esto convengan propios y extraños, que en el combate de aquel dia, el mayor que en esta guerra se habia dado, por el número de combatientes, y solemnizado con la presencia del rey José, ingleses y españoles rivalizaron en denudedo y bizarría; y si bien hubo momentos en que estuvo comprometida la suerte de la batalla para los aliados, merced á los heroicos esfuerzos de los jinetes y á los certeros disparos de la artillería rehiciéronse y tomaron ascendiente sobre el enemigo hasta obligarle á retirarse con considerable pérdida; retirada que fué despues objeto de vivas contestaciones entre los generales Víctor y Sebastiani, pretendiendo cada uno haberse retirado porque el otro habia abandonado su posicion; que unos sostienen haberse verificado por orden del rey José, y que el mariscal Jourdan afirma haberse hecho *sin necesidad, sin orden del jefe del ejército y contra su voluntad*: reyertas que patentizan un vencimiento que les costaba trabajo confesar.